en nuestro desordenado arganear por cajones y altillos y rincones, y cajas de galletas y zapatos de esas que se almacenan conteniendo junto a la corporeidad del objeto guardado el secreto insondable de un “para qué” inequívoco que el tiempo ha ido borrando sin piedad y sin ira toparon nuestros dedos con las cuentas de un rosario de nombres y de rostros desgranados, tan jóvenes que *pero quién* — costaría trabajo no exclamar si no fuera por el justo temor a que la voz exclamando se quebrara, de tan vieja y tan ajada ya — *diría…*

(de lo que a juzgar por los apuntes de la Prieto se recuerda como un primer intento de intervención de Bernardina en su momento y en su día)